—¿Pasa usted por las cuadras? Le enseñaré los cuatro caballos de Storlocki. Son los que acaban de hacer cuatrocientos kilómetros en ocho días y están tan frescos...

—Como el señor de Kersaint.

—¡Qué cruel es usted, Baronesa, con ese pobre muchacho que ha valsado con usted todo el invierno!

—¿Lo defiende usted?

—Espíritu de cuerpo. ¿Quién me asegura que en día no lejano no me tratará usted del mismo modo?

—Empiece por no caerse.

—¡Ah! Cuando una mujer se propone vernos por tierra, se cae al fin.

—¡Cuánta filosofía! ¿Cree que tengo tan negros deseos para usted?

—Hasta ahora no lo he creído. Pero ¿quién puede responder del porvenir?

Rosa miró á Condottier, y sonriendo le dijo:

—Conténtese usted con el presente.

Y luego, cortando la conversación:

—Tengo el coche á la puerta, y me llevo á su hermana á dar una vuelta por el bosque. Nos encontraremos en Palace á las seis.

—Perfectamente.

Volviéndose hacia las cuadras, en donde debía esperar el momento de reaparecer en la pista, Condottier se decía:

—Es evidente que en todo esto hay algo que

ha cambiado. Lo que ayer complacía á la Baronesa, hoy le parece despreciable, nimio. Abandona el concurso hípico, en donde estamos reunidos todos los amigos, y se va al bosque á una hora en que no hay nadie. Esto no es natural; pero ¿qué puede suceder? ¿Será por ese mastodonte enriquecido de repente por quien quiere romper con una existencia de goces, volviendo la espalda á cuanto ha deseado hasta hoy? Es de una inverosimilitud extraordinaria. Debajo de la roca hay alguna anguila, con la que no contamos, y Raynaud debe servir de pantalla á un capricho misterioso. La elección sería excelente, y el imbécil de Folentin no se preocupará por un hombre que no inquiete su snobismo. Cubriéndose con ese flirt disfrazado Rosa podrá hacer cuanto se le antoje sin que nadie tenga la más ligera sospecha. Pero, alto ahí. Yo pondré las cosas en orden, y sin darme por enterado vigilaré cuidadosamente á los íntimos de la Baronesa. No me iba á haber tomar el trabajo de ahuyentador de competidores que se cogían á sus faldas para dejarme engañar como un tonto á última hora.

Una vez formada esta resolución se sintió más tranquilo, y solo pensó en sostener á gran altura su nombradía de primer jinete de Francia. Al mismo tiempo que Condottier concebía plan tan amenazador para la tranquilidad de Rosa, ésta recorría los Campos Elíseos con su amiga y su

padrino, al trote lento de los caballos. No hablaba y dejaba vagar su mirada por los verdes castaños que hacían esfuerzos para sostener su reputación de precoces cubriéndose tímidamente de hojas. El sol entibiaba el aire; los paseantes perezosos andaban por el asfalto de la avenida, y los niños, libres de las precauciones del invierno, jugaban de nuevo bajo la vigilancia de sus acompañantes que charlaban formando grupos.

Mecida por el movimiento del coche la joven trataba de analizar sus sentimientos y de definir sus intenciones, y se encontraba presa de una serie de incoherencias tan molestas, que empezó á sentir cierta laxitud cerebral, preludio de alguna grave enfermedad intelectual. Ella misma se desconocía. Parecía que la habían cambiado totalmente y que era otra, que obraba en contra de sus gustos y de sus costumbres, saliéndose bruscamente de la línea de conducta que se había trazado, y que había seguido no solo con regularidad, sino con satisfacción. Y he ahí que de pronto encontraba absurdo todo lo que le había parecido encantador, y aborrecible cuanto había deseado con entusiasmo. Un cambio completo se operaba en ella, y se dió cuenta exacta de esto con un estupor que la paralizó.

Pero ¿á qué se debía aquel cambio tan difícil de prever? ¿Qué era lo que había sucedido, que tan profundamente modificaba su modo de vivir y que hacía que sintiese gran contrariedad tan

solo al pensar que debía continuar haciendo al día siguiente lo que le encantaba la víspera? Se veía obligada á convencerse de que no experimentaba ninguna satisfacción paseando por la avenida de los Campos Elíseos en su hermoso carruaje tirado por dos soberbios caballos que excitaban la admiración de los paseantes, y ante los cuales los empleados del Municipio dejaban de regar para no ensuciarles de barro. Termont acababa de pasar guiando su automóvil de sesenta caballos, y el profundo saludo de aquel hombre cubierto de pieles y enmascarado con un horrible par de anteojos, ni siquiera la hizo sonreir. El *drag* de José Saintré, dirigiéndose hacia el concurso hípico, pasó entre el metálico sonido de las cadenillas, y el Barón había colocado el largo látigo á la altura de su sombrero para saludar á Rosa, sin que ésta se dignase desarrugar el entrecejo. Los repetidos homenajes que la consagraban ya no le parecían deliciosos, antes al contrario, los despreciaba. De ahí nacía la profunda turbación que empezaba á sentir. Viendo que permanecía silenciosa apoyada en el respaldo del coche, los ojos medio cerrados, su padrino se arriesgó á interrogarla:

—Ni te mueves ni hablas... ¿Estás enferma, Rosita?

—No, padrino, no estoy enferma. Dispénsenme ustedes, he tenido una ligera distracción.

—Por nosotros no se preocupe usted—dijo la

Condesa.—Por mi parte confieso que conversar en coche no es cosa que me seduce. Hay que levantar mucho la voz. Como entretenimiento, el paseo por sí solo es suficiente.

—Evidentemente no te pedimos discursos—replicó Duburle—, pero sí algunas reflexiones de cuando en cuando que expresen la satisfacción que debes sentir por estar con tu padrino y con una amiga encantadora.

—Usted pertenece á la antigua escuela, Duburle—dijo la Condesa.—Pertenece usted á la escuela amable de hablar para no decir nada. Habla usted para romper el silencio y por el gusto de oir su propia voz.

—En mi juventud—replicó Duburle—un hombre se reputaba de mal educado si no daba conversación á las damas que le acompañaban. Era lo mismo que confesar que no tenía nada que decirles. Y ¿qué es un hombre que no tiene nada que decir á las mujeres?

—¿Acaso no cree usted que una mujer pueda no tener nada que decir á un hombre?

—En otro tiempo no lo creía. Ahora me veo obligado á declarar que sí puede ocurrir. Ahora el marido deja la rienda suelta á la mujer, no se ocupa de ella, y parece no importarle su conducta. ¿Creen ustedes que eso es conveniente?

—Cómodo—replicó la condesa Grodsko.

—Lo que es cómodo, carece con frecuencia de

corrección; pero la corrección pertenece también á la antigua escuela, ¿verdad, Condesa?

—No sea usted amargo, Duburle. Usted es todavía un hombre que usa chaleco blanco, corbata con lunares azules y botines de gamuza... Usted se creería deshonrado si se doblase los pantalones por abajo. Usted encarna una sociedad anterior al teléfono y al automóvil.

—Soy un ser prehistórico, ¿no es verdad?

—Nosotros, los de la última época, le disgustamos, y usted nos asombra. Querido Barón, cada tiempo tiene sus costumbres y su modo de ser.

—Unas son buenas y otras son malas.

—Las buenas son aquellas que parecen útiles á los que las adoptan.

—En la vida, no todo estriba en la utilidad, hermosa Condesa. Verdaderamente ustedes prescriben con demasiada facilidad la tradición. Hoy en materia de arte, de literatura, de política y de todo lo demás, se prefiere á lo delicado y tradicional lo más cómodo, aunque sea menos correcto. Y dos mujeres jóvenes y hermosas, en coche con un caballero viejo, encuentran muy natural que ese caballero viejo no haga un esfuerzo para hacerles olvidar su vejez con su amabilidad. Yo lo confieso, esto me parece muy triste.

—Es la decadencia, Duburle.

—Perfectamente; pero no debe olvidarse que á todas las decadencias corresponden revoluciones. La sociedad no puede contentarse con la

decadencia, del mismo modo que la Naturaleza no puede aceptar la esterilidad. El mundo no pertenece á los impotentes, es del dominio de los laboriosos. Si nosotros y nuestros semejantes no servimos para nada, seremos reemplazados por otros que sean capaces de algo.

—Duburle, me pone usted carne de gallina. Está usted haciendo la apología del socialismo. Rosa, ¿qué le pasa al Barón? Parece un energúmeno. Y todo esto porque usted no ha despegado los labios hace media hora. Hable usted, amiga mía, pues de lo contrario temo que ocurra una desgracia.

—No he perdido una sola palabra de la conversación—dijo Rosa.—Me ha interesado mucho, y creo que mi padrino tiene razón. Nuestra sociedad está casi podrida, y sin darnos cuenta de ello vivimos en medio de ruinas. Los únicos seres interesantes son los que crean.

—¡Dios mío! Voy á repetir todo esto á su padre y á su marido, y estoy segura de que se quedarán sorprendidos. ¿Ha sido la metamorfosis repentina de su hermano Mauricio en hombre trabajador lo que ha cambiado sus ideas?

Rosa enrojeció al ver la alusión directa al regreso á Francia de Valentín Raynaud. Apresuradamente quiso cortarle la palabra á su amiga:

—No, no—le dijo.—Tranquilícese usted. No pienso en transformar la sociedad. Usted me pregunta lo que pienso de las opiniones de mi padrino, yo contesto y nada más.

—Usted me dice que abunda en ellas. Es lo mismo que si habiendo interrogado á la princesa de Lamballe, á propósito de Marat, hubiese contestado: le encuentro muy agradable.

—¡Marat!—exclamó Duburle sofocado.—¿Me compara usted á Marat? Condesa, esto ya es más que una broma.

La indignación del Barón pareció tan cómica á las dos mujeres, que no pudieron contener la risa. El coche entró en la avenida de las Acacias; Rosa dió orden al cochero de que se detuviese, y al apearse cambiaron de conversación.

El que provocaba todas aquellas perturbaciones estaba también harto intranquilo, hasta el punto de que pensó en escribir á su amigo Evans que estaba en Chiquito. El frío modo de razonar del americano ejercía una influencia decisiva en la ardiente imaginación de Valentín. Pero Evans estaba á muchos miles de leguas, era preciso esperar que la contestación llegase, y aquella espera era mortal. Los negocios, pues Raynaud no había vuelto á Francia para hacer un viaje de placer, absorbían por completo su tiempo, pero por la noche se encontraba solo, y muy á pesar suyo tropezaba con Rosa. El ingeniero no pertenecía al mundo en que vivía la triunfante Baronesa; pero Folentin, que sentía por el aso-

ciado de Evans una simpatía muy viva, lo patrocinaba con un celo tan grande que había abierto á Raynaud todas las puertas.

Le había presentado en su Círculo, y como Valentín era rico, había sido admitido sin dificultades. En el gran y ruinoso mundo católico Folentin había hablado del ingeniero como de un promovedor de inmensos negocios en los que sería posible obtener participaciones muy lucrativas, y de este modo Raynaud se vió buscado y agasajado. Y mimado Valentín, que en otros tiempos hubiera huído de aquellos salones en los que se pavoneaba, charlaba y flirteaba el París lujoso y encantador, se dejaba llevar frecuentándolos, porque en ellos triunfaba Rosa.

Todo esto era lo que con sinceridad contaba á Evans en las cartas que le escribía. La felicidad que experimentaba siguiendo á Rosa en el gran mundo no le hacía perder de vista las negociaciones que su socio le había encargado. Estas eran de una importancia capital. Con efecto, habían hecho descubrimiento mucho más importante que el de los pozos de petróleo, no solo desde el punto de vista financiero, sino más aún desde el científico.

Haciendo excavaciones en el terreno volcánico, entre minerales y restos de rocas, Valentín había encontrado trazas de un cuerpo desconocido, y que una vez analizado acusaba todas las propiedades del *radium*. Excavaciones hechas

con más cuidado revelaron la presencia de ese cuerpo en gran abundancia. Valentín, animado por este descubrimiento, sometió los elementos de aquel suelo extraordinario á diferentes análisis. Sucesivamente había reconocido la presencia en el subsuelo de Chiquito de materias de un valor inmenso, entre las que la más insignificante era el topacio y la más preciosa el rubí. Desde su llegada, el ingeniero se había puesto en relación con la más alta personalidad científica francesa, el ilustre Marcelin. A este hombre, grande y bondadoso, que ha dotado á la humanidad de inestimables riquezas, sin enriquecerse él mismo, le había indicado el inmenso partido que los sabios podían sacar de substancias como el *radium*, una vez vulgarizadas y puestas en el comercio.

—Nuestros sabios jóvenes son dichosos—le dijo Marcelin—; pues ustedes les abren un porvenir lleno de descubrimientos maravillosos. ¿Es usted rico, señor Raynaud? Podría usted realizar una gran fortuna.

Valentín manifestó que únicamente se proponía servir la causa de la ciencia, pues su fortuna estaba ya hecha, y era mucho más grande de lo que nunca había deseado. El grande hombre escuchaba con la cabeza inclinada como si estuviese oyendo hablar á su propia conciencia. Suplicó á Raynaud que le enviase muestras de sus productos, y como éste sacase una caja de zafiros y rubíes en bruto, exclamó:

—¡Oh! En otro tiempo vi á Fremy fabricar rubíes como éste, y que solo tenían un defecto; el de costar más caros que si se comprasen en casa de un joyero. En la naturaleza, señor Raynaud, todo puede recomponerse, excepto el hombre, lo cual—añadió sonriendo—es una fortuna, pues ya hay bastantes hombres sobre la tierra, á despecho de los estadistas que lamentan el decrecimiento de la natalidad... Hay tanta concurrencia vital, que en el dominio de la ciencia todos se ven obligados á especializar, y muy pronto los conocimientos generales no existirán. Yo seré uno de los últimos que hayan tenido nociones de todo. Pero después de mí...

El sabio hizo un gesto vago é inclinó la cabeza un poco más. Después dijo á Raynaud:

—Vaya usted á ver al Sr. Curie. Es un hombre en el que se fundan las más risueñas esperanzas... Se alegrará mucho de que le facilite *radium*. Podrá extender sus experiencias, y seguramente obtendrá muy notables resultados.

Folentin había trabajado de tal modo á Raynaud, que éste se confió dándole algunas noticias respecto á los yacimientos de Chiquito. El banquero, sorprendido y turbado al adivinar en las explicaciones de Valentín toda la riqueza que allí había, calculó lo que le correspondería, como beneficios de todas clases, si conseguía una participación en los yacimientos de petróleo. Atrevidamente se la propuso á Valentín. Él sería el representante financiero de los asociados, y en caso de la constitución de una Sociedad, él sería el promovedor del negocio. Á este ofrecimiento, el ingeniero contestó con evasivas. Entonces Folentin puso en práctica sus acostumbradas habilidades, pero no le dieron resultado alguno. Raynaud se había encerrado en la mayor firmeza y circunspección, porque no quería comprometerse á nada con Folentin sin el consentimiento previo de Evans, y dudaba de que su amigo se aviniese á dar á la empresa la forma de una Sociedad. Folentin, asombrado al principio de la reserva repentina de Raynaud, acabó impacientándose. Unas palabras pronunciadas sin intención alguna por Prévinquieres inquietaron al banquero no poco.

—Valentín—había dicho su suegro—se va á Londres. Va á consultar á uno de los más hábiles explotadores de minas africanas, Mikaël Springfield.

Una mañana entró Folentin, perplejo, en el gabinete de su mujer, y sentándose junto á ella, que se estaba arreglando, le dijo:

—Querida mía, mis relaciones con Valentín Raynaud me preocupan mucho. Quisiera que fuesen más íntimas. Tengo importantísimas razones para procurar atraerme á ese amigo de tu familia, y me parece que estás un poco seca con él. Si quisieras serme agradable, procurarías

atraerle á nuestra casa, con un poco más de amabilidad...

Esta proposición hizo enrojecer á la joven que, irritada, fijó los ojos en su marido.

—Me parece que para dirigirme semejante petición has debido perder el juicio. ¿Voy á servirte para tus negocios? Si quieres traficar con el Sr. Raynaud, tienes un despacho adonde poder llevarle y engañarle... Mis salones no servirán nunca para ese género de trabajos.

—¡Engañarle!—exclamó Folentin.—¿Porqué no desbalijarle? Me halaga la opinión que mi modo de proceder en asuntos comerciales te merece. Según piensas, eres la mujer de un bandido. No tanto, ni es mi intención pedirte que viertas narcóticos en el te del Sr. Raynaud. No hago más que manifestar el deseo que siento de verle más á menudo en nuestra casa.

—¿Quieres que le invite? Pues bien, le invitaré.

—Bueno, pero que no parezca que desempeñas una comisión penosa. Hazlo con esa encantadora amabilidad que te distingue cuando haces las cosas con gusto...

—Seré amabilísima. ¿Quieres algo más?

—No. Con eso me doy por satisfecho.

—Menos mal.

Con verdadera alegría Rosa se se vió obligada á recibir á Valentín en la intimidad, y se apresuró á cumplir la promesa que á su marido había hecho. Tropezó, sin embargo, con una tenaz resistencia por parte de Raynaud. Invitado con la delicada amabilidad pedida por Folentin, el ingeniero se había excusado, alegando pretextos fútiles. Parecía haber tomado la firme resolución de no ser comensal del marido de Rosa. Éste pudo observar la frialdad con que Raynaud acogía las tentativas de la Baronesa, de una ingerencia extranjera en las operaciones de Evans y Raynaud arraigaron más y más en su espíritu, y en vez de conformarse con este resultado, se empeñó en vencer. Rosa, sin embargo, escudándose con el deseo de su marido, había prodigado todo género de atenciones á Valentín, y al parecer, cuanto más amable se mostraba ella, menos reconocido se mostraba él. Entonces fué cuando la mujer de Folentin, cambiando de método, dejó de ocuparse de Raynaud para reanudar sus coqueterías con el marqués de Condottier.

III

Una mañana, al volver al hotel, Raynaud encontró una carta de Evans. Era la contestación á sus lamentaciones.